

LA TERTULIA.

PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA Y DE ARTES.



10 CTS.

DOMINGO 3 DE FEBRERO DE 1850.

N.º 82.



AUTO DE FE

¿Qué es la Inquisición?

Un Santo-Cristo,
dos candeleros,
y tres majaderos.

Así decían nuestros antepasados á hurtadillas de los inquisidores, cuando éstos andaban por esas calles llevando sobre sus pechos el escudo de la fé con la cruz en medio, la espada á un lado, y la oliva á otro, y al rededor un letrado que en lengua latina decía: *Exurge, domine, judica causam tuam*, y en castellano, *levántate, Señor, y juzga tu causa*.

El santo oficio de la inquisición falleció, y los majaderos de que habla aquel antiguo proverbio aun viven y vivirán. Decimos esto, porque noches pasadas se juntaron algunos padres de reverendas campanillas, y tuvieron el siguiente coloquio, que c por b vamos á referir á nuestros lectores:

Un ex-fraile franciscano.—Nos los inquisidores (que fuimos en público y ahora somos en privado) contra la herética pravedad y apostasia debemos concertar el modo y forma de reprimir la afición que en el pueblo gaditano se ha despertado por ver los cuadros vivos.

Un eclesiástico de luengas hopalandas.—Los periódicos tienen la culpa.

Un clérigo de misa y olla.—Sus redactores son unos hereges. Excomulguémoslos *agravatos y reagravatos*. Hagamos que abju-

ren de *vehementi*, y condenemos en efígie sus cuerpos y memorias.

El fraile franciscano.—Me parece oportuno no emperrarnos en acometer á todos, no sea que todos se revuelvan contra nosotros y nos den una buena zurribanda. Los tiempos son de corrupción y de desórden; y así creo que un castigo que hagamos, bastará para el saludable escarmiento que queremos.

El clérigo de misa y olla.—Empecemos en los redactores de *El Comercio* que tanto han elogiado á los cuadros vivos.

El fraile.—No, señores, porque son gentes acostumbradas á lo que hoy se llama polémica, y no nos conviene que nuestra opinión ande en disputa.

El clérigo.—¿Y los de *El Progreso*?

Fraile.—Menos aun.

El clérigo.—Porqué?

Fraile.—Porque es gente amiga de la tolerancia religiosa. En el prospecto de su periódico digeron que creían útil para el bien de España la libertad de cultos.

Clérigo.—Pues arremetamos á los de *El Nacional*.

Fraile.—De ningún modo. Sus redactores son desalmados.

Clérigo.—¿Y los de *La Tertulia*?

Fraile.—Otros que tales, ó peores que peores.

Clérigo.—Y los de *La Moda*?

Fraile.—A estos sí: su redactor principal es un hombre de carácter muy apacible é inofensivo. Por tanto, duro en él, hasta acabarlo.

Dichas estas palabras formaron los tres inquisidores una estatua de trapos y madera, escribieron un proceso, levantándolo sobre

los elogios dados á los cuadros vivos en *La Moda* por el señor Flores Arenas, y condenaron á su autor á ser quemado como herege relapso y dogmatizante. Y como por ahora á causa de mandar los impíos liberales el mundo, no podia tener efecto la sentencia, sin perjuicio de cumplirla en su día, segun manda el derecho inquisitorial, dispusieron la quema del señor Flores Arenas en estatua. Y así lo redujeron á cenizas, segun cuenta la crónica secreta de Cádiz.

No contentos de esto, dispusieron que el ex-fraile franciscano escribiese un folleto impugnando al señor Flores Arenas, para darlo á luz, como se dió en la semana última con el epigrafe de *Cuadros vivos: carta vindicativa é impugnacion del artículo que, bajo las iniciales de F. F. A., se publicó en la Moda del día 6 de enero, por don R. P.*

Estas dos iniciales *R. P.* significan *Reverendo Padre*.

El autor se muestra muy celoso del bien hablar, y censura agriamente el señor Flores por el uso de ciertas palabras en tal ó cual significacion, que segun el *Reverendo Padre*, no la tienen en castellano. Baste como muestra de los ejemplos de buen decir que nos dá el señor *R. P.* el siguiente trocito de su levítico opúsculo.

«La notoria ilustracion del don F. F. A. está en oposicion con la *exageracion de ideas*.»

No tiene *razon* (decimos nosotros) quien tanto *on sin interrupcion* nos encaja en una *oracion* de su *papelon*.

En el soez é indecente folleto del *Reverendo Padre* se acusa de obsceno y de torpe al señor Flores Arenas por haber escrito en loor de los cuadros vivos. De forma, que segun el *Reverendo Padre*, obscenas y torpes son todas las señoras y señoritas de Cádiz que han

concurrido diariamente á este espectáculo; obscenos y torpes todos los padres de familia que han llevado á sus hijos, mugeres y hermanas; obscenas y torpes, en fin, las autoridades que han consentido la presentacion de los cuadros vivos.

El mismo *Reverendo Padre* pone en su papelote lo siguiente:

«Don F. F. A. sabe que no es honesto, no digo el descubrir, sino el mentar ciertas partes del cuerpo, por la idea sucia que representan.»

Pues bien, este mismo *Padre*, modelo de honestidad, nombra varias veces con casi todas sus letras una parte del cuerpo humano: palabras que no repetimos, porque seria igualar la torpeza y obscenidad del inmundo folleto que impugnamos.

Dice el *Reverendo*, que los *cuadros vivos* no pueden encender en el animo mas que deseos lascivos, y que las estatuas desnudas de santos jamás causan igual efecto en los que las contemplan. Pues bien: entro los cuadros se han presentado al público el de *San Juan predicando en el desierto*, el del *Diluvio universal*, el de *Lot y sus hijas* y otros que no recordamos y que son sacados de la sagrada Biblia. Nos parece que á estos no podrá el *Reverendo Padre* tachar de cuadros obscenos, puesto que están tomados de la misma escritura inspirada por Dios á los hombres para ejemplo y para enseñanza.

Quizá el *Reverendo Padre* llevará su rigor hasta el extremo de no querer que los fieles sepan los mandamientos de la ley de Dios, que no vean el diccionario de la lengua castellana, que no tomen en las manos el *Quijote* para que no se escandalicen al contemplar á Mari-tornes en camisa, y que ni aun lean en la sagrada Biblia el cantar de los cantares y los requiebros que en él dá el esposo á la esposa.

Un amigo nuestro, hombre muy erudito y

observador, nos dijo en una de las noches de la última semana, hablando de tal folleto: «Yo no puedo menos de reír con las estúpidas sandeces que se encuentran en esa miserable obrita. En los tiempos antiguos, cuando había mas sencillez en la vida y mas moralidad en las costumbres, las gentes andaban casi desnudas. Hoy que la corrupcion es grande, vamos mas tapados que nunca.» Nada tuvimos que responder á la juiciosa observacion de nuestro amigo.

Señor *Reverendo Padre*, guárdese vuesa merced ó paternidad dentro del pecho el rencor contra las diversiones del mundo que en nada perjudican á la moralidad ni á la decencia, y deje vivir á cada uno en su ley. Y si no dígame, señor *Reverendo*, sin duda *ex-inquisidor por la gracia de la revolucion*, las cosas que son obscenas ¿no dañan por los malos ejemplos que dan á los que las miran?

Pues bien: cuando pruebe vuesa merced que las señoras y señoritas de Cádiz que han visto los *cuadros vivos*, desean presentarse en los teatros y en los paseos cubiertas con vestidos de punto ó desnudas, para ser contempladas por la curiosidad pública, entónces podrá decir que aquel espectáculo es torpo, es deshonesto, y es, en fin, de tan dañoso ejemplo, que todos deben lanzar contra él furibundos anatemas.

EL SEÑOR BIANCHI.

Tuvimos el gusto el martes último de oír tocar el violin al muy justamente célebre señor Bianchi. No diremos satisfechas, sino entusiasmas, quedaron las personas todas que

tuvieron el placer de escucharle. Según los muchos profesores y aficionados que disfrutaron de los deliciosos ratos que proporcionó el nuevo Paganini, el mérito de este artista no es en nada inferior al gran concepto de que disfruta. Solamente oyéndolo se puede concebir hasta dónde puede llegar el arte ayudado del talento. Tocó unas variaciones sobre la *Norma* y sobre el ária final de la *Lucía*, que dejaron maravillados á todos los concurrentes, los cuales, llevados de su entusiasmo, le interrumpían á cada paso con palmadas y bravos. Pero en donde mas arrebató, en donde el entusiasmo llegó á su colmo fué en el *Carnaval de Venecia*, pieza en la que imitaba de una manera prodigiosa el ruido, la algazara y las distintas voces de las máscaras. El gusto, la ejecucion, el sentimiento, la afinacion, todo lo posee el señor Bianchi en un grado admirable. Lástima que por causas que por prudencia callamos, se prive á una gran parte del público de oír á un artista de mérito tan singular, y que en su género apenas encuentra competidor en Europa.

LA VARONA CASTELLANA.

*Yo me muero por la guerra,
Piérdome por cuchilladas,
Y en dos desnudas espadas
Toda mi gloria se encierra.*

LOPE DE VEGA.—La Varona castellana.
Jornada II, escena V.

La genealogia panegirica de los Varonas, que se conserva en el archivo de su casa solariega, cerca de Villanañe, en la provincia de Alava, fué compuesta en 1715 por un religioso del orden de San Agustin, sobrino del décimono poseedor del mayorazgo original, cuyos timbres ensalza mas con el entusiasmo de

adepto que con la indiferencia de imparcial historiador. Pero si difícil es creer lo que refiere descendiendo á supérfluas minuciosidades despues de mil y cien años bajo su palabra, temeridad sería desechar aquellos acontecimientos generales que se hallan justificados por Aponte, Argai, Tellez de Meneses y otros insignes analistas, libres de ciego interés en la materia, ingenuos por amor propio, y amantes de la verdad sin artificio.

Traer al puerto de Santoña al almirante marítimo Rui Perez en el año de 680, comandando una escuadra goda: fíliarle en el ejército imperial contra Witiza; y cansado de refriegas sanguinarias, lanzarle despues de todo á las montañas alavesas en busca de terreno donde erigir un castillo feudal, imponiendo á aquellos valles los epítetos de *angosto losa ó do vea*, segun las contingencias de tan peregrina exploracion, es base muy á propósito para formar una novela, pues alaciente de lo *maravilloso* se reune como protagonista un héroe que ha blandido su acero en cien combates, y que atraviesa en su corcel los pavorosos bosques porque no sabe lo que es temblar delante del enemigo. Mas cuando se trata de una seria narracion que al ejemplo del reconocimiento, del amor pátrio ó de cualquiera otra virtud nos guie, esa misma base flaquea por su raiz; entónces no solamente se somete á grandes pruebas la veracidad del autor, sino que inspirará fuertes recelos en el momento en que olvidándose de los preceptos de Tácito, se ponga entre su héroe y el alumno á quien se le manifiesta, desfigurando la verdadera historia de aquel con colores inventados de capricho.

Disimulando á Fr. Miguel de Varona los que su buena fé le indujo á mezclar en el manuscrito que dejamos indicado, no debemos aun así considerarle como recto historiador de su familia. La amazona que pinta, cual otro Zeuxis, con elementos esparcidos, ofrece muy poco de real en fuerza de encarecer su prosapia, su valor y su hermosura. De aquí es, que abstrayéndonos nosotros de todas aquellas proezas repugnantes aun á la fé mas cándida, reduciremos á compendio lo que parece no sobrepujar las humanas fuerzas en la conducta anómala que observó doña María Perez, apellidada la *Varona*, conformes con la crítica de muchos anticuarios respetables.

Jóven de veinte y tres años, habitaba el pa-

lacio señorial, en compañía de sus hermanos Gomez y Alvar, ejercitándose con ellos en la caza, su pasatiempo favorito. Tal era el acierto con que ordenaba sus batidas, que rara vez eran estériles; antes bien colgaba muy amenudo en el pórtico de su fortaleza las cornamentas del ciervo, por trofeo de su denuesto varonil. Nunca hubiera abandonado aquel retiro, si el apuro en que don Alonso I de Aragon puso al VI de Castilla, inculpándole el divorcio de su madre doña Urraca, no hubiese recordado á los hijosdalgo de Villanañe que sus deberes principiaban por el servicio del rey y por la defensa de la patria. Devorábales la idea de abandonar á su hermana en aquellas circunstancias tan criticas, cuando el infante don Vela, hijo del soberano de Navarra, llegó con el ejecutivo mensaje de que era necesario se aprestasen para la lid, pues su tío el rey de Castilla les llamaba como nobles comprendidos en la leva general. No opusieron el menor disgusto al ilustre embajador que tan modestamente arribara á su castillo, obsequiándole con opiparos festines, trato afable y delicado, y magnifico plumazo en que dormir. El huésped, á pesar de ser altivo, detúvose con gusto en Villanañe; y al despedirse pasados unos dias, observaron Gomez y Alvar que revolvió dos ó tres veces su caballo para mirar el sombrío torreón, que iba sumergiéndose á lo lejos entre las espesuras del monte.

Pregonada la órden real en la comarca tributaria, retumbó por donde quiera el clarín que convocaba á los valientes. Pobláronse las sendas del castillo de donceles y escuderos, que descosos de ganar los honores de la caballeria, llevaban consignada en su apostura el ánsia de desenvainar su recio alfanje, y ostentar la resistencia de su brazo en el campo del honor. No tenían empresas sus broqueles. Era preciso que estos jóvenes soldados las ganasen por medio de fatigas y peligros, ó haciendo algun prodigio de valor digno de la gratitud del soberano. ¡Feliz el que logra derribar á su adversario obligándole á confesarse vencido! Suya será la palma y el laurel del campeón: desde entónces tendrá ese escudo heráldico que ambicionan adornar las castellanas con una flor emblemática ó con un rizo de sus trenzas, grabando alrededor de la bordura el mote apasionado de su fé.

Ninguna de estas dádivas faltaba ya á los

caballeros de Villanañe; pues avezándose desde su primera juventud á los trabajos de su profesion, habian sabido sostener con esplendor y con fortuna los timbres de sus ascendientes. Preparábanse á vestirse el arnés sin codiciar el premio: mas revelando á su hermana el dolor que le causaba tan inopinada separacion, no pudieron menos de mostrarse vacilantes entre su ánimo aguerrido y los impulsos amorosos de su corazon sensible. La impávida doncella ni se conmueve ni se turba. «Sea cualquiera vuestra suerte, hermanos míos, quiero arrostrarla con vosotros, les responde. Bien sabéis con cuánta intrepidez monto á caballo para perseguir las fieras. Vosotros mismos me habeis proporcionado muchos lances, que os han dado á conocer el arrojo que me asiste, cuando se interesa mi vida en su buen éxito, ó la reputacion que nuestro orgullo goza. No creo haya una diferencia muy notable entre el guerrero que juega desesperado sus armas, y el furioso javali que acometiendo á quien le hiere, hace retemblar aquestas selvas con sus imponentes bramidos; y como estos no me hayan hecho otra impresion que la que hace el halar de los corderos en las insensibles rocas, deduzco que mi elemento es la guerra, y que mi cuerpo debe robustecerse bajo el peso de las mallas antes que afeminarse en esa delincuente ociosidad á que profeso irreconciliable aversion. Cededme, pues, una armadura, una espada y un corcel; que cuando me veais retroceder un solo palmo, para eludir cobardemente al enemigo, podreis avergonzaros de llamarme hermana vuestra, y condenarme á llorar presa en esta torre mi vergonzosa debilidad.»

Este enérgico razonamiento fué seguido de la mas tierna efusion por parte de los caballeros á quienes se dirigia, y besando la mano de la heroína con mas respeto que desconfianza, no se atrevieron á defraudar en la menor cosa tan terminante resolucion. Activáronse desde aquel dia los preparativos de la jornada; y llegando por último el momento de partir, colocáronse á la cabeza de sus respectivos escuadrones los hidalgos paladines, marchando al lado de Gomez un apuesto caballero de cintura mas estrecha y mas flexible, una toca blanda sobre el yelmo, y la adarga sin divisa ni color.

Incorporados en Toledo al ejército del rey, permanecieron una temporada esperando que el aragonés hiciese la primera tentativa de in-

vasion en nuestro reino, observando Doña María las mas esquisitas precauciones para que nadie la reconociera por muger, á fin de conservar el gran prestigio que iba adquiriendo de dia en dia con el favor de sus hermanos. Para evitar toda suerte de compromisos, hacia frecuentes correrias en que nunca la faltaba ocasion de probar sus fuerzas, merced á las cuadrillas de sarracenos que circulaban oprimiendo á las aldeas con sus bárbaros insultos. Impaciente, sin embargo, por realizar libre de freno las proezas que combinara en los accesos de su heroico fanatismo, recibió con intensísimo placer la orden de ponerse al frente de su tropa tan pronto como sonara la trompeta del alcázar, pues el de Aragon se internaba á marchas dobles en Rioja, desahogando su odiosidad y su venganza con inauditas tropellías.

Evacuó en efecto D. Alonso la ciudad al comenzar el mes de Mayo de 1065, tomando direccion hácia Jadraque, en cuyas inmediaciones dominaba el castillo del Plano una superficie de mas de doce leguas, denominada á la sazón llano de Atienza, y hoy los campos de Varona.

No se hizo esperar mucho el enemigo.

(Continuad.)

TEATRO PRINCIPAL.

Despues de haberse anunciado y reanunciado la salida en la *Lucia* del nuevo tenor Volpini, á quien la empresa del teatro calificaba de célebre, y al que por lo mismo todos los diletanti deseaban con ansia escuchar; despues de haberse asegurado que esta ópera era una de las que mejor ejecutaba; despues de haberse dicho que no era comparable este cantante italiano con nuestro Carrion y menos con el señor Giro, el público y con el público nosotros, nos hemos llevado un reverendo chasco, pues jamás se ha oído peor cantada la *Lucia* en Cádiz en la parte del tenor, que en la noche del debut del señor Volpini

y en la del domingo que fué repetida. Asi como, á fuer de imparciales, es nuestro deber decir que ha estado bien cantada la parte que desempeña la señora Agostini.

Aseguran algunos de sus amigos que ha sido buena la voz del nuevo tenor, y que agradó en Lisboa. Pero al público gaditano nada importa lo que ha sido, sino lo que en la actualidad es; porque no hemos de gozar con los agradables recuerdos de los portugueses, sino con las impresiones que recibamos, y por cierto que estas no han sido muy agradables. El señor Volpini apenas canta, sino tararea la ópera, porque sus puntos bajos y medios son fatales; tiene algunos altos bastante buenos, pero sea porque se esfuerza demasiado, sea porque quiera aparentar mas de lo que es, suele de vez en cuando ahogarse y hacer lo que llaman los profanos en la música un gallipollo. Se conoce que la música de la *Lucia* es superior á sus fuerzas, cuando se ha visto obligado á hacer transportes y de una manera inusitada, pues comienza cantando una pieza sin trasportarla, y despues cuando ya no puede la transporta un punto mas bajo, produciendo malísimo efecto esta transicion violenta.

Hemos oido á personas muy abonadas en la materia, y esta es tambien nuestra opinion, que es preferible el señor Giro, primero porque jamás se desentona, ni hace esos gallipollos; y en segundo lugar porque sin tener altas pretensiones, no intenta hacer mas de lo que sus fuerzas le permiten, advirtiendo que canta y no tararea, y asi es que se le oye con bastante agrado.

Sin embargo de estos capitales defectos, el señor Volpini fué aplaudido la noche de su estreno, deseando el público animarlo, pues creia sin duda que sus faltas nacian del miedo que produce la primera presentacion en un teatro tan imponente como el de Cádiz. Pero no debieron ser estas las causas de sus defectos, cuando á la siguiente noche estuvo aun mas desgraciado, atribuyendo entónces á haberse indispuerto, como se anunció al público concluido que fué el segundo acto, si bien la indisposicion no le impidió cantar el aria final, sino suprimir dos piezas del tercero. Es de advertir que este incidente ocurrió despues de ciertas señales de disgusto dadas en el momento que algunos comenzaban á aplaudir. Concluida la ópera volvieron á intentarse por al-

gunos los aplausos, pero los sofocaban los silbidos. Aguardaron entónces aquellos que casi estuviese vacío el teatro para llamar á la escena al señor Volpini, lo cual consiguieron ayudados de algunos de la orquesta, y esto, sea dicho de paso no debe tolerarse, porque en aquel lugar no deben éstos ser mirados como espectadores, sino como partes que trabajan en la funcion.

Gracias á la señora Agostini y al señor Patriossi, pudo oirse la ópera, que de otra suerte se hubiera pasado un mal rato. Aquella estuvo bien, especialmente en el rondó del tercer acto, donde arrancó algunos aplausos y fué en la primera noche llamada á la escena, y si en la segunda no se repitió esta muestra de aprecio hacia una artista de algun mérito, debe atribuirse al disgusto que en el público produjo el incidente del señor Volpini y al chasco que se llevó el público esperando oir á uno de los primeros tenores de Italia. Indudablemente en esta ópera es donde ha mostrado todas sus dotes y desplegado sus recursos artisticos la señora Agostini, la que cada dia vá ganando mas en la opinion de los gaditanos, asi como el señor Patriossi, á cuya hermosa y nunca causada voz, reúne una gran inteligencia en el difícil arte que profesa.

Dióse el miércoles su beneficio y tuvo la desgracia de ver muy poco concurrido el teatro. Lo sentimos en verdad, porque es un artista que por su mucha laboriosidad se ha ganado el aprecio del público.

Miscelánea.

VENTA DE LOS DIENTES DEL GENERAL QUIROGA.—En *El Nacional* ha aparecido en varios dias de la última semana el siguiente anuncio:

«En la calle de la Verónica número 168, obrador de encuadernaciones, se halla de venta una buena remesa de los célebres *patros para los dientes del general Quiroga*, los que se venden al por menor á 4 reales caja. Si se tomaran todos se hará una buena rebaja.»

De este anuncio se infieren dos cosas. Pri-

mera: Que estos célebres polvos son para los dientes del general Quiroga. No sabemos si pueden usarse para limpiar los de otras personas: lo cual no nos dice con la claridad que fuera de desear el mencionado anuncio. Segunda: Que se ha recibido en Cádiz una buena remesa de los célebres polvos para los dientes del general Quiroga, los que (es decir, los dientes) se venden al por menor á 4 reales caja. Traslado á los dentistas y á aquellos que tengan necesidad de suplir los estragos que el tiempo y los dulces han hecho en sus bocas, dejando completamente ó en parte despoblado este barrio tan importante del cuerpo humano.

—TOMA DE 500 REALES LÍQUIDOS.—Y vá de anuncios. En una hoja suelta que se ha publicado estos días para avisar la venta de muchos libros á precios extraordinariamente baratos, se lee la nota que sigue:

«A todo el que tome de 500 reales líquidos en adelante, se le hará la rebaja de 60 por ciento.»

Es decir, que el que trague derretidos 500 reales, goza del beneficio de un 60 por ciento en la toma.

—BAILES EN LA CAMORRA.—El último domingo asistimos á un baile que se dió en el salon de la Camorra. El local ha recibido extraordinarias mejoras este año. En la galería exterior que caía al jardín se ha formado otro espacioso salon del mismo largo y al nivel del antiguo: de forma, que la capacidad es doble que la que en años anteriores han tenido los concurrentes á los bailes celebrados en esta casa. El alumbrado es bueno, la orquesta mejor, y elegantes los adornos que decoran los salones. De esperar es que en los bailes siguientes la concurrencia vaya en aumento;

puesto que los aficionados á este género de diversiones hallan en la Camorra cuanto puede contribuir á la animacion y al buen gusto.

—LLUVIA DE ACEITE Y TINIEBLAS.—La lucerna del teatro del Balon, deseosa de favorecer á los concurrentes, ha determinado obsequiarlos de un modo muy divertido. Dádívosa y espléndida de suyo, salpica de aceite á cuantos tienen la ventura de sentarse debajo de ella. Pero sucede á la lucerna lo que á todo hombre generoso: que despues de dar en beneficio de los demas todo lo que posee, se queda reducido á la mayor miseria. A mitad de las funciones, las luces empiezan á lamentarse de la falta del aceite, y á apagarse en fin, regalando á los concurrentes al teatro un perfume de muy mal sabor para los olfatos y pulmones. La lucerna desciende luego y los atizadores comienzan á darle auxilios para volverla á nueva vida: ceremonia que se repite todas las noches de funcion.

—POESIA.—En el inmediato número insertaremos unas lindas quintillas que nos ha remitido uno de nuestros amigos.

—SACAR LA BOCA.—En *El Comercio* leemos el siguiente anuncio: «*Muelas picadas.* El bálsamo de Quina de Paul Gage, calma al instante los dolores agudos que causan *sin infestar la boca* como la Grosote, y dispensa de sacarla.» ¡Dichoso siglo XIX, todo descubrimientos para bien de la humanidad doliente! ¡Feliz bálsamo de Quina que dispensa el sacar la boca cuando haya muelas picadas!

—A LAS SEÑORAS BARBUDAS QUE SE AFEITEN. En *El Comercio* acaba de aparecer otro anuncio que no vá en zaga á los ya citados. Dice así:

«Vinagre de higiene y de toilette, compues-

to de los perfumes mas suaves y destinado para el tocador de las señoras. Hermosea el cutis, le preserva de las arrugas y quita los granos, y la irritacion que producen las navajas de afeitarse.»

Si este vinagre está destinado para servir en el tocador de las señoras, y si una de sus virtudes es quitar los granos y la irritacion que producen las navajas de afeitarse, sin duda alguna fué inventado para las damas que tengan bigotes y barbas y suelen afeitarse.

—ORQUESTA. —Mucho se quejan los concurrentes al teatro Principal del mal estado en que se encuentra hoy la orquesta, sin que por esto dejen de conocer que no faltan en ella muy buenos profesores; pero es lo cierto que hay noche en que cada uno vá por su lado como sucedió el lunes último, queriéndose tocar un wals de Strau. A esto debiera poner remedio la empresa, y no permitir que por economías mal entendidas se ande en busca de lo barato y no de lo bueno. Creemos serán suficientes estas indicaciones para que nos entiendan quienes deban entender; pero si así no fuera, nos explicaremos con alguna mas estension y claridad.

—EL SEÑOR ASSONI. —El viérnes se presentó por primera vez en el tercer acto de la *Maria di Roan* el señor Assoni, quien fué aplaudido en todas las piezas que cantó, y llamado a la escena repetidas veces así que concluyó el aria final de baritono. Es indudable que su voz es clara, fuerte y de gran estension; pero segun oímos á muchos profesores, le falta sentimiento, ó mejor dicho, inteligencia en lo que dice, defecto pequeño al lado de sus buenas dotes. Pero esto no quita que sea un cantante de gran mérito, y que con su adquisicion haya ganado mucho la compañía.

En cuanto á la señora Agostini, dió aquella noche nuevas pruebas de su buen gusto y maestría. Recibió del público señaladas muestras de aprobacion en recompensa de su relevante mérito y laboriosidad.

—Un viajero inglés, procedente de Marruecos, ha publicado la relacion de dos ejecuciones que se han verificado en los alrededores

de Fez, y de las cuales ha sido espectador. Un cheik árabe habia penetrado en la tienda del emperador y robado de ella dos caballos, por cuyo delito fué condenado á la última pena; pero invocando este las inmunidades de la dignidad sacerdotal de que se hallaba revestido, el emperador tuvo á bien conmutarle la pena de muerte en la de que le cortasen la mano, y que la sentencia se ejecutase por uno de los mas antiguos carniceros, á los cuales se les dejaba libre el derecho de hacerse reemplazar, por no existir verdugo en la poblacion.

La plaza de ejecutor temporal de la justicia fué puesta en almoneda, y el pregonero gritó á la multitud reunida: «¿Hay alguno entre vosotros que quiera cortar la mano de un criminal por el precio de una peseta?» Nadie quiso encargarse por este precio, y entónces el pregonero ofrecia dos, tres y cuatro pesetas, hasta que avanzando á un doblon, un negro salió de la multitud y se encargó de oficio tan odioso. Esto le puso al paciente una ligadura en el brazo, y colocándole la mano en un tajo, se la cortó de un hachazo. Siendo necesario cicatrizar la herida para evitar una hemorragia, trajeron un cubo lleno de brea, poniendo encima algunas ascuas para que se encendiera el combustible, y encendido éste, el miembro mutilado fué puesto en contacto con la brea encendida, á pesar de los gritos del paciente. Terminada la operacion, se le dejó ir libre á su casa para que se curase del modo que mejor le pareciese.

La otra ejecucion fué la de un asesino. Igualmente fué puesta en almoneda, presentándose muchos concurrentes. Los carniceros se libraron pagando cuatro duros y dos pesetas al que se quedó con la subasta. Este sabia mejor su oficio que el anterior. Condujo al culpable casi desnudo al campo; lo amarró y lo hizo arrodillar delante del tajo fatal y le cortó la cabeza de un sablazo. La cabeza del culpable fué espuesta al público en un pilar de madera, á cuyo pié se colocó el cadáver que en la noche siguiente fué devorado por las fieras del desierto.

CADIZ : 1850.

Imprenta de Don Francisco Pantoja, calle de la Aduana, número 20.